

con su ejemplo al fervor y á la observancia de las leyes de su instituto, como en las cortes de los reyes anunciándoles las órdenes de la cabeza visible de la Iglesia, y tratando con ellos los mas arduos negocios de la religion. No seguiré á mi insigne patriarca á Dalmacia y Dioclia, á donde fué enviado en calidad de legado de la silla apostólica cerca del rey Vulcano, para reformar los torpes abusos que en las costumbres no ménos que en la disciplina eclesiástica se introdujeran en sus estados. No le seguiré al concilio de Antivarí á que presidió, y en el cual merced á su elocuente erudicion y celo ardoroso, se establecieron las mas sabias leyes para el gobierno de aquella iglesia y de todo el clero. No hay quien pueda ignorar los abundantes frutos que recogió en aquella mision tan honrosa. La abolicion de la simonía que se ejercia en aquel reino con el mayor escándalo de todo el cristianismo; la condenacion de la usura que habia gangrenado todas las clases de la sociedad; la extincion de odios inveterados que diariamente sacrificaban familias enteras ante las aras de una feroz venganza; en suma la extirpacion del infame tráfico que hacian aquellos pueblos con los bárbaros, de los fieles cautivos, los cuales compraban á un precio exorbitante, no por devolverles la libertad perdida, sino para retenerlos ellos en la mas dura esclavitud; todo fué obra de mi excelso patriarca.

Pero su corazon siempre atento al grandioso designio de la redencion de los cautivos, en medio de tantos y tan complicados negocios nada omitia de cuanto pudiese contribuir al logro de sus benéficas miras. Ni las honrosas distinciones con que el rey de Dalmacia pretendió condecorarle, ni las dignidades de cardenal é inquisidor apostólico que en vano le ofreció el papa Inocencio, ni la extremada confianza con que este pontífice le trataba, cometiéndole las empresas mas difíciles del gobierno de su iglesia, pudieron hacerle olvidar un punto la afliccion de los cristianos que padecian en poder de los sarracenos. Toda su gloria la cifraba como otro Pablo en sacrificarse por sus hermanos; y en su consecuencia mil veces en el dia suspiraba por aquel en que esperaba verse en medio de ellos.

Llega por fin el instante apetecido. Ya mi gran patriarca habia combatido con intrepidez sin igual contra la ponzoñosa hidra de la herejía albigense; ya habia extendido prodigiosamente la adoracion perpetua al adorable misterio de la beatísima Trini-

dad, á despecho de los esfuerzos del error que con los mas absurdos sofismas pretendiera oscurecer la fe de este primer artículo de la creencia católica: ya Italia, Francia y España mirábanse inundadas de conventos de nuestro sagrado orden, fundados por su ardoroso celo é infatigable actividad; nada pues le restaba sino hacerse á la vela para Túnez, para satisfacer sus ansias y dar expansion á sus caritativos deseos.

Con efecto, mi excelso patriarca con algunos de sus hijos se embarca en el puerto de Ostia. ¡Oh seres infelices que en las ardientes playas del África sufris el peso de la mas ignominiosa esclavitud! Respirad! Ya el rocío celeste va á derramarse sobre esas montañas de Gelboe, maldecidas por los labios del Omnipotente. ¿Veis ese lijero esquite que hiende el salado elemento, y se dirige hácia vosotros? Ah! regocijaos! en él viene vuestro redentor, vuestro amigo, vuestro padre, vuestro insigne consolador. Léjos pues de vuestros corazones la tristeza, no mas llanto ni afliccion, vosotros saldréis de esa tierra proscripta y malaventurada llenos de regocijo, y tornaréis en paz al seno de vuestros hogares: *In latitia egrediemini et in pace deducemini* (1).

No es posible, católicos, expresar las emociones diversas que el corazon de mi excelso patriarca experimentó al entrar en aquella ciudad, centro del despotismo mas tiránico, mansion de horror y de la mas desapiadada barbarie. ¡Qué objetos tan lastimeros y punzadores se ofrecen á su vista! Aquí ve á un anciano que con dificultad arrastra el peso de unos hierros que oprimen sus extenuados miembros, y que en su semblante cadavérico anuncia todo el horror de la mas cruel necesidad. Allí apercibe una madre afligida, que estrecha en su regazo un balbuciente infante, cuyos piés no pueden moverse con los grillos que la aprisionan, cuyas manos amarradas con esposas, apenas la dejan libertad para dar el alimento al hijo de sus entrañas. Ora ve postrarse á sus piés una doncella en la primavera de sus años, cuya hermosura han marchitado las privaciones y duros trabajos, en cuyos ojos se ve pintada la mas profunda tristeza, y en cuyo semblante se lee el dolor que la causa la separacion de los autores de sus dias. Ora se mira estrechado por los brazos de un gallardo jóven, que arrasadas las mejillas en el mas

(1) *Isaia*, c. 55. v. 12.

amargo llanto, le manifiesta sus cadenas y las señales de los azotes con que un bárbaro señor ha surcado sus miembros. Todo al rededor de mi excelso patriarca respira horror, tormentos, hambre, desnudez, miseria insoportable. Qué hará pues? Osará presentarse al tirano para pedirle el alivio de tantos seres infortunados? ¿Qué influencia podrá ejercer sobre el corazón endurecido de aquellos bárbaros sectarios de Mahoma un humilde discípulo de Jesucristo? Nada hay empero que pueda acobardar el valor del impertérrito redentor: no le arredran las cadenas, no le intimidan las cárceles; ni los tormentos, ni la misma muerte son capaces de entibiar el incendio de su caridad. Armado del escudo de la fe, y firmemente afianzado con la esperanza, da principio á su misión sublime. Preséntase á aquellos bárbaros, y su sola vista les sorprende y admira; habla, y sus palabras comienzan desde luego á ablandar aquellas almas empedernidas; propóneles el rescate de los esclavos, y su codicia no puede ménos de mostrarse favorable á los designios de un hombre en quien ven resplandecer el más heróico desinterés.

No me es posible, católicos, pasar en silencio los caritativos oficios que mi santo patriarca ejerció en favor de los pobres cautivos, en el tiempo que medió entre su llegada á Túnez y la conclusión de sus negociaciones. Unas veces se le veía bajar á los más hediondos calabozos á consolar á los cristianos y alentarles á la constancia en la fe; otras predicar á los que vacilaban en sus creencias, y exponerles los terribles castigos que el Señor reserva á los que niegan su nombre en presencia de sus enemigos. Aquí curaba las llagas de los heridos; allí socorría la necesidad de los indigentes. Ora mezclaba sus lágrimas con los que lloraban, ora besaba las cadenas de los que sufrían. Como ángel de paz nada omitía para llevar el consuelo y la calma á aquellos corazones ulcerados; pero como apóstol de la verdad, su mayor solicitud se dirigía á fortalecer sus almas en la fe de Jesucristo. ¡Á cuántos reanimó que ya comenzaban á vacilar en fuerza de los tormentos! ¡Á cuántos extrajo del lodazal de la culpa en que se sumieran por efecto de los malos ejemplos y del roce con aquellos sensuales mahometanos! Á cuántos!... Pero ¡oh católicos! ¡qué persecución tan horrorosa se suscita contra mi santo patriarca! Los bárbaros cuyo odio implacable contra el nombre de Jesús no puede sufrir las conquistas que el ardiente celo de aquel apóstol reporta diariamente de los cora-

zones más empedernidos, le miran como á un enemigo declarado de su imperio y de sus leyes; convierten contra él todo su furor, y lanzándose sobre él con inhumana crueldad, descargan sobre su cuerpo fieros golpes, le vejan, le maltratan, le hieren y le dejan en tierra nadando en su propia sangre. Oh Dios mío! ¿Permitireis que vuestro siervo sucumba á la fiera de vuestros enemigos, y que se malogre el fruto de sus trabajos y de tantos sacrificios hechos por libertar á sus hermanos de la esclavitud? ¿Y esos infortunados cristianos continuarán sin recurso gimiendo entre hierros?

Más no, el Señor, que está interesado en este gran designio, si bien permite que mi excelso patriarca padezca por su causa para acrisolar más su virtud y hacer más admirable y meritorio su sacrificio, no permite que sucumba á los padecimientos. Morir por su divino maestro hubiera sido la mayor gloria de aquel fervoroso redentor; mil veces lo deseó y pidió con el más heróico valor: mil veces se expuso á ser víctima de los tiranos arrojando con santa intrepidez los más inminentes peligros; pero su preciosa vida estaba reservada para mayores empresas del servicio de Dios. Quería este Dios benigno enjugar el llanto de millares de hijos suyos y quebrantar sus cadenas; y mi santo patriarca era el destinado á realizar este benéfico pensamiento por sí y por medio de una numerosa posteridad que en los siglos por venir caminarían por sus huellas.

Entre tanto el día de concluir el tratado de libertad en favor de los cautivos había llegado. ¡Qué prudencia tan admirable, qué dominio sobre sí mismo, qué paciencia, qué mansedumbre fué necesario tuviese mi excelso patriarca para negociar con aquellos bárbaros! El interés más sórdido, la ambición más desmedida, una volubilidad extremada dominaba sus corazones. Á cada paso ofrecían nuevas dificultades para la conclusión del negocio. Lo que hoy decían, desdecíanlo mañana; tan pronto se manifestaban satisfechos del precio ofrecido por el rescate de los cristianos, como volvían á hacer nuevas y cada vez más gravosas exigencias. Por último quiso el Señor que á fuerza de paciencia y de constancia se llevase á cabo el tratado; y mi santo patriarca vió con placer indecible romperse los hierros de más de doscientos esclavos.

¡Vuela pues, oh ángel consolador; apresúrate á devolver á su suelo natal esas preciosas conquistas de tu heróica caridad.

Conduce al seno de sus familias á esos infortunados seres que ardientemente desean ese momento feliz! Mas oh cielos! ¡qué espectáculo tan punzador se ofrece á los ojos de mi santo patriarca! Ve postrarse á sus piés un sin número de cautivos, cuyo rescate no ha podido realizarse por falta de dinero, los cuales bañándole con sus lágrimas le piden por las entrañas del divino Redentor que no les abandone á los horrores del cautiverio. Los lamentos de aquellos desgraciados penetran hasta el fondo de su alma compasiva y la llenan de amargura. Su infortunio le interesa extraordinariamente: y mas que todo, el peligro en que los mira de renunciar á la fe, le llena de estremecimiento. En vano les dirige la palabras mas suaves y cariñosas; en vano intenta consolarles con la esperanza de una pronta libertad; en vano les estrecha amorosamente en su corazón para comunicar á los de ellos la paz y la calma de la religion. Ah! las entrañas de mi excelso patriarca tampoco se satisfacen con estos socorros que prodiga á sus hijos. A ley de padre el mas cariñoso y tierno, quisiera llevarlos consigo á todos, y ni uno solo quisiera dejar en aquella tierra malaventurada. Empero ¿cómo le será posible satisfacer sus deseos si le faltan todos los recursos? ¡Cómo podrá ablandar los corazones de aquellos bárbaros á quienes devora la sed del oro? ¡Ah cuán ingeniosa es la caridad! Mi santo patriarca tiente todos los medios, agota todos los recursos. Vuelve á presentarse á los bárbaros, suplica, ruega, promete, insta en favor de los cautivos. Él mismo se ofrece á quedarse en rehenes por el rescate de sus queridos hijos. Ni los ruegos de sus discípulos que se oponen á tan heroico sacrificio ofreciéndose ellos á su vez á servir de garantía; ni las reflexiones que le hacen acerca de los funestos resultados que á la propagacion de su órden puede acarrear su ausencia; nada basta para hacerle desistir de su propósito. « Yo soy, les dice con voz animada y fervor sin igual, yo soy quien debo responder un dia de la salvacion de estos inocentes desgraciados que se hallan en peligro tan inminente: las lágrimas que derraman serán otros tantos fiscales contra mí en el tribunal de Dios: yo quedo esclavo por todos, mias serán de hoy mas sus cadenas; dichoso yo mil veces si á costa de mi libertad consigo la de estos desgraciados! »

No puede llegar á mas el heroísmo de la caridad de mi santo patriarca; pero ni aun esto basta para persuadir á los bárbaros

á dar la libertad á los cautivos. Desprecian altamente sus propuestas y se niegan á sus ofrecimientos. Qué desconsuelo! ¡qué afliccion tan extrema inunda el corazón de mi excelso patriarca! Todos los recursos humanos se agotan para él; nada pues le resta sino partir con los cautivos que ha podido libertar, y pedir al Dios de las misericordias vele sobre los que todavía gimen en la esclavitud. Pero no, católicos, la fe obra los mayores prodigios, y mi gran padre no desconfía del poder del cielo. Lleno de fervor, y no pudiendo contener en su pecho el incendio de caridad que le abrasa, se postra á los piés de María santísima su dulcísima madre: la ruega por sus pobres cautivos; derrama copiosas lágrimas en su presencia y la presenta su corazón en holocausto por su libertad. No fueron inútiles las plegarias de aquella alma tan pura. La Reina de los ángeles se deja ver de su amante siervo, le consuela, elogia su caridad y su ardiente celo, y pone en sus manos una suma considerable, con la que pudo conseguir el rescate de todos los cautivos cristianos.

Triunfaste, héroe insigne, triunfaste! Llenábase han tus deseos; cumpliéronse tus votos; no te detengas mas en ese país de ingratos recuerdos. Ya se aperciben las hinchadas velas del buque destinado á conducir esos trofeos de tu victoria. Tus hijos esperan impacientes el momento de partir: sus ojos se dirigen hácia la madre patria, y largo les parece el tiempo que les resta para lanzarse en su seno y respirar su ambiente consolador. Así se ejecuta, católicos; mi santo patriarca, rodeado de aquella innumerable muchedumbre de cristianos libres, se dirige al puerto, y entre las aclamaciones y bendiciones de la mas cordial gratitud salta con ellos á la embarcacion. Inútilmente se arma contra ellos el furor de los mahometanos, despechados al ver escapárseles tantas víctimas de su crueldad. Inútilmente impulsados del espíritu maligno, rompen los mástiles, despedazan la quilla, inutilizan el timon, rasgan las velas y destrozán todos los instrumentos necesarios para maniobrar. Mi santo patriarca, superior á todos los acontecimientos humanos, confiado en la suma bondad y poder infinito del que le eligiera para las empresas de su gloria, enarbola su manto sobre un pedazo de mástil en forma de vela, arma su diestra de la imagen del divino Redentor de los hombres, implora los divinos auxilios, y á su voz los vientos comienzan á mover aquella na-

ve despedazada, y cortando con prodigiosa rapidez las aguas, desaparecen del puerto de Túnez y llegan con felicidad al deseado puerto de Ostia.

Cuenten otros el triunfo magnífico de esta redencion. Pinte quien quiera el alborozo, la alegría y el júbilo universal de aquellos cristianos al verse ya libres de su cautiverio, recibiendo unos el parabien de sus padres, estrechándose otros en el seno de sus hijos, estos uniéndose de nuevo á unas esposas fieles y virtuosas que no esperaban volver jamas á ver á sus consortes, aquellos derramando lágrimas de consuelo en el corazón de hermanos queridos que por tanto tiempo lloraran amargamente su ausencia. A nosotros nos cumple seguir á nuestro excelso patriarca en sus nuevas expediciones. Mas no nos es posible ya por la brevedad del tiempo. ¡Oh quien me diese, católicos, comenzar de nuevo este discurso! Veríaisle volar de Italia á España, recorrer el reino de Valencia sojuzgado á la sazón por los moros, y libertar millares de cautivos que se hallaban en poder de aquellos infieles. Veríaisle despues marchar á Francia, visitar los conventos de su orden y fomentar con su ejemplo y doctrina el espíritu de oracion continua y de la mas heroica mortificacion. Si el gran Felipe Augusto, asombrado de su santidad, sabiduría y milagros le honra con los títulos de teólogo, consejero y limosnero suyo, le veréis huir á su antiguo retiro de Ciervofrío y ocuparse en los mas humildes empleos, haciéndose la norma y el modelo de todos sus hijos. Si de acuerdo con el papa Inocencio III le nombra para que asista al concilio Lateranense en calidad de consultor, le veréis renunciar este cargo honorífico, y ceder únicamente impulsado por la obediencia debida al padre de la iglesia universal. Si en Roma es aclamado santo por los milagros que hace especialmente en la curacion de los enfermos y poseídos del espíritu maligno, le veréis humillarse hasta el polvo lleno de confusion, y atribuir á solo Dios la gloria de unos prodigios que le proporcionan elogios universales. ¿Y qué no pudiera decir de su fervor en el ejercicio de todas las virtudes, de su paciencia en las adversidades, de su constancia en los trabajos, de su resignacion en los reveses é infortunios, de su inalterable tranquilidad en las persecuciones, de su prudencia en el régimen de sus súbditos, de su celo en la propagacion de su instituto, de su amor á Dios, de su caridad con los prójimos?... ¡Ah, demasiado vasto es este campo para

poder recorrerle. Ya el tiempo urge y solo me es dado acompañar á mi santo patriarca en sus últimos momentos. Llegaron estos, católicos oyentes. Nutrido ya con el pan de los fuertes en el sagrado viático, rodeado de una multitud de hijos que inconsolables lamentan su orfandad, les exhorta á mantener intacto el sagrado depósito de las leyes de su orden y á llevar á cabo los grandes designios de la Providencia en la redencion de los cautivos; y con el mas indecible consuelo de su alma, pasó de esta vida á recibir en el cielo la recompensa de su caridad y de sus continuos desvelos por la gloria de la beatísima Trinidad y la libertad de los cristianos cautivos.

¡Loor eterno á mi excelso patriarca san Juan de Mata! A él debe el cristianismo la institucion de un orden que extendido por todo el globo (1), se ha consagrado en todos los siglos al ejercicio de la mas heroica beneficencia. A él debe la humanidad el consuelo, la libertad de millares de víctimas que gemian en poder de los sarracenos, y que sin él hubieran tal vez succumbido bajo el peso de la miseria y de los padecimientos, y naufragado en sus creencias católicas (2). Mi santo patriarca fué el primero á quien el cielo se dignó elegir entre todos los hombres para hacer alianza con un pueblo de predileccion, y realizar un pensamiento el mas sublime y humanitario que en lo sucesivo debian abrazar otros muchos varones insignes en santidad y méritos. Las innumerables redenciones que por sí y por medio de sus hijos hiciera en los países dominados por el mahometismo, son servicios de la mayor cuantía que el mundo ha apreciado en su justo valor, y que no hubiera podido desconocer sin incurrir en la nota de la mas torpe y negra ingratitude. Las ruidosas conquistas de los hombres mas ilustres en las armas no pueden compararse á las que la caridad de Juan de Mata y sus hijos han conseguido en todas épocas. Aquellos oprimiendo la humanidad, regaron el mundo con las lágrimas de

(1) Tan rápidos fueron los progresos que hizo el orden de la Sma. Trinidad, que á los 18 años de su fundacion decia ya Honorio III en su Bula expedida en 1216: *Cum ordo Sanctae Trinitatis modernis temporibus inceperit, eique Dominus tantum dederit incrementum, quod à mari usque ad mare palmites suos jam extendit*, etc. (Cherub. in Bull.)

(2) Un sabio escritor ha calculado que en el espacio de 400 años, el orden de la Sma. Trinidad ha rescatado 30000 esclavos del poder de los sarracenos. (*Histoire des bienfaits du Christianisme*, ch. IX, p. 153, edic. de Paris, 1833.)

sus semejantes y le mancharon con sangre inocente; estos han enjugado el llanto de la humanidad oprimida y ofrecido su sangre propia por amor de sus hermanos. El nombre de los conquistadores mas célebres yace hoy en el polvo del olvido, y si alguna vez se repite es solo para lamentar los estragos que su existencia produjera; en vez de que el nombre de Juan de Mata vive y vivirá eternamente y se pronuncia con gloria en todos los rincones del orbe, porque es un recuerdo precioso de los mas insignes beneficios.

No nos cansaremos jamas, oh excelso patriarca nuestro, de repetir tus glorias. Ellas son las nuestras, porque á ti pertenecemos y con tus doctrinas hemos sido alimentados á la sombra de ese órden ilustre que fundaste para loor y gloria de la beatísima Trinidad. ¡Plegue al cielo que tus hijos, siguiendo tus ejemplos, hagan prosperar este sagrado instituto, y donde quiera se manifiesten dignos de tal padre! Alentad pues nuestra debilidad, encended nuestro celo, acreced nuestra caridad hácia los pobres cautivos, para que participando de tu santidad, participemos tambien un dia de tu gloria y reinemos con el Padre, y el Hijo, y el Espíritu santo por los siglos de los siglos.

SERMON

DE SAN JUAN NEPOMUCENO.

(DE SANTANDER.)

Beatus qui lingua sua non est lapsus....

Bienaventurado el que no peca con su lengua...

Eclesiástico, c. 25. v. 11.

Cuando el Espíritu santo no dijese que la vida y muerte de los hombres se encuentra en las manos de su lengua (1): cuando todas las naciones formando un solo concepto, aunque en diferentes idiomas, no confesasen que el bien y el mal están en poder de la lengua, nosotros mismos por la experiencia de cada dia defenderíamos constantemente esta verdad. Pequeña parte del cuerpo humano es la lengua; ¿pero de qué cosas grandes, útiles y maravillosas no es capaz cuando nosotros hacemos de ella el recto uso para que nos la concedió el Omnipotente? Ella anuncia la verdad, elogia la virtud, publica y enseña los misterios de la religion, hace respetar sus máximas, sus preceptos y sus consejos: ella instruye á los ignorantes, consuela á los afligidos, sostiene á los débiles, destruye las disensiones, congrega los espíritus, reúne las voluntades, y derrama por todas partes la union, la paz y la caridad.

Pero si en vez de conformarnos con los designios de Dios en el uso de nuestra lengua, la hacemos servir á nuestras pasiones, ¿de cuántos males no se hará instrumento? Sean testigos de esta espantosa verdad los juramentos falsos que tantas verdades desfiguran, tantas mentiras defienden, tantos procesos embrollan, tantos inocentes condenan, y tantos perjuicios ocasionan.

(1) *Mors est vita in manu linguæ... Prov. c. 18. v. 21.*